

INDOLENCIA

MAYRU

2ª Edición Concurso de Relato Corto

“Yacullay: Sed de DereCH2Os”

medicosmundi Araba

—Voy al mercado. Después de ducharte, echa la ropa a lavar y luego puedes jugar hasta que vuelva. Un beso.

Oier envolvió entre sábanas su pereza. A través de la ventana del dormitorio, el sol teñía de almíbar la silueta lejana de los montes. Era pronto. Demasiado pronto para un sábado. Cerró los ojos y se dejó abrazar por el letargo.

María abandonó el lecho de un salto. Más allá de la línea del horizonte, el alba recortaba los perfiles en rojo y violeta. Era tarde. Si no se apuraba, no terminaría antes del regreso de su mamá. Se calzó las chinelas, atravesó el patio levantando a su paso polvo y heces reseca de gallina, abrió la letrina rogando que no hubiera culebras a la vista y se acucilló sobre el agujero.

Había manchas de cola cao sobre la mesa. Oier las limpió con una bayeta húmeda, dejó la taza en el fregadero y se fue a la ducha. Hacía frío. El agua tardaba en calentarse. «Menudo rollazo» pensó lanzando miradas de impaciencia a la Play Station.

Hacía frío, pero el sudor empapaba su camiseta. Alcanzó la parte alta del sendero y se permitió un minuto de descanso. A su espalda, muy abajo, el remanso estaba abarrotado de mujeres inclinadas sobre las aguas, de vacas de grandes costillares bebiendo en ansiosos lengüetazos. De frente, el camino de regreso a la aldea era un yermo de arbustos raídos y restos de cosechas imposibles. Su padre afirmaba que allí hubo un bosque. Un bosque verde y frondoso donde refugiarse del calor de mediodía. Pero tras el gran terremoto, la capital exigió madera para una reconstrucción incierta. Y los árboles fueron derribados para satisfacción de unos pocos, para desconsuelo de la mayoría. Los ríos se secaron. El viento perdió su halo de humedad, se volvió rudo y arisco. Contuvo un suspiro de desazón y recogió los cubos tratando de no derramar ni una gota, sin movimientos bruscos que pudieran desequilibrar la garrafa anudada a su espalda. Al límite del desierto recién creado por el hombre se intuía el borrón de su champita.

Salió de la ducha y se arrebujó en el calor del albornoz. Hizo una bola con la ropa desperdigada por la habitación y la llevó a la lavadora. Tras un segundo de duda, se acucilló frente a los botones del frontal acariciándose el

mentón con el gesto reflexivo de un adulto. «Seguro que ama se alegra si la pongo».

Se arrojó por la cabeza el último cacillo sonriendo al confirmar que solo había gastado la cuarta parte de uno de los cubos. Tiritando, se envolvió en una vieja toalla de propaganda y abandonó el corral de plásticos negros que, clavado en el centro del patio, hacía las veces de ducha. Chapoteando sobre el lodo, alcanzó el cajón de la colada, vació la ropa sucia en el lavadero, lo llenó de agua hasta la mitad y, sacudiendo la primera de las prendas contra la batea, comenzó a frotar.

Cuando regresó su madre, la lavadora estaba centrifugando. Ella se detuvo en el centro de la cocina contemplando perpleja el alocado girar del tambor a través del cristal de la puerta. Regresó a la sala, donde Oier aniquilaba invasores de otros mundos, le estrechó contra su pecho en un abrazo pleno de orgullo y le acarició el pelo con ternura. «¡Qué mayor te estás haciendo, hijo!»

María revisaba uno de los libros donados a la escuela por un grupo de voluntarios extranjeros. La ropa limpia deslumbraba bajo el sol de mediodía, los chunches del desayuno descansaban apilados sobre la mesa y debajo, en la esquina más fresca y sombreada, la garrafa de cinco litros estaba llena a rebosar. Su madre dejó en la tierra prensada la canasta con la fruta que no pudo vender, besó la frente de su hija y tomó asiento a su lado.

—Mira, mamá— la niña señaló un párrafo del ejemplar de Geografía Humana que mantenía abierto sobre las rodillas. —Mira lo que pone aquí.

La mujer se agachó procurando no mojar las páginas con el sudor que goteaba desde su frente y, siguiendo las líneas con un dedo, leyó:

«Parte del atraso de los países más pobres puede explicarse por la indolencia de su población para el trabajo»

María clavó la ingenuidad de su mirada en el rostro extenuado de la mujer.

—¿Qué quiere decir indolencia?